

Veinte reflexiones de una migrante

Acuérdate que hay que ceder; que eres una extranjera fugitiva y necesitada, y a los que están debajo no les cuadra hablar con altanería.

Esquilo

Las Suplicantes

Me llamo María Fernanda y soy migrante. El mundo que conocía, mi calle, mi familia, mis amigos son “allí y entonces”.

“Aquí y ahora” es una ciudad nueva y una vida distinta. No soy la que era y, sin embargo, soy más yo que nunca. La extranjería es un estado del alma y la mía nació para estar en tránsito.

Uno

Subí a ese avión en el aeropuerto Simón Bolívar de Guayaquil con el deseo de convertir algún lugar del mundo en el escenario para la vida que quiero vivir, partí con la certeza de que ese “cuarto es muy pequeño para las cosas que sueño” y con un suspiro me despedí del querido puerto donde se quedó mi madre y mi pasado.

Tuve y tengo miedo, muchísimo. La migración es un estado rudo, desafiante, castigador, te hace sentir vulnerable, desamparada, torpe, huérfana y hasta delincuente, pero el mundo es de todos y sobre todo mío y lo voy a explorar porque yo, María Fernanda, migrante, defiendo con mi carne el derecho de la gente de vivir en el suelo que le dé la gana. Y a mí hoy me ha dado la gana España.

Dos

No pertenezco a ninguna raza, a ninguna tribu, a ninguna etnia, soy solo una más de las miles de personas híbridas que somos el resultado de todos los cruces y todas las cruces de las migraciones de la historia. Historias. La mía, la

de millones de personas, es una de movimiento: me fui de allá y estoy acá, entre el pasado y el futuro, entre el recuerdo y la esperanza, entre mis orígenes y mis potencialidades, entre Ecuador y el mundo.

Tres

Si una se para a pensar en ellas, las fronteras son una casa de paredes muy crueles: Estás adentro y eres ciudadana, estás afuera y eres paria.

Cuatro

¿Ilegal yo?

Lavapiés, Madrid.

Nací en Quito como mis vecinos nacieron en Varsovia, Taiwán, Cali o Bombay. No soy ni mi procedencia (soy de mi padre y de mi madre, punto), ni un estereotipo ni un número ni una remesa. Ninguno de nosotros (todos los colores, todos los acentos, todos los sabores, todos los pasados), buscando las voces queridas en un locutorio es una estadística. Las lágrimas y los sueños no se miden con los mismos parámetros que los ingresos per cápita.

Soy Elena, Zamir, Auki, Mohamed, Jacinta, Zozia, Moussa, Xao y María Fernanda, somos un barco que momentáneamente atracó en Lavapiés y que está lleno de seres humanos amando y riendo y extrañando y gozando y trabajando, somos tripulantes despidiéndose y saludándose, somos ríos de gente buscando un lugar en el mundo.

Soy una alien más en este barrio de aliens y quisiera ser una niña para que todo en mi vecindario (las pipas de los libaneses, los tambores africanos, la costumbre española de poner todo lo sangrante a la vista, los velos de las musulmanas) me parezca natural.

Cinco

El mundo está lleno de gente que extraña y que se extraña. Si alguien en el mismo momento en el que tú estás pensando en alguien está pensando en alguien que a su vez piensa en ella o en él, resulta que el mundo está lleno de gente que se extraña y que, de algún modo, todos en el mundo pensamos en todos. La humanidad unida por el dolor de querer y no poder estar con alguien. La humanidad unida por los adioses y los ya estoy aquí. La humanidad es un aeropuerto.

Seis

Sé que no puedo permitirme la nostalgia ni el desmoronamiento pero para un ecuatoriano en España aquello es tan obligatorio como trabajar para ganarse el pan y mandar para el pan de allá.

Morriña es una palabra gallega que significa dolor por no estar en Galicia, me la enseñó Mela, mi compañera de piso, que es de Coruña. Ella siente su morriña y yo la mía, ambas somos migrantes, ambas alquilamos en Madrid nuestro espacio.

Añoranza, saudade, extrañamiento, tristeza. El amor es la única tierra sin la que no se puede vivir. El concepto ese tan manido, tan de clase de cívica, tan de día festivo, de patria finalmente es solo la voz dulcísima de tu madre diciendo que la comida está servida, el pecho del hombre amado que es como tu hogar, la carcajada estrepitosa de tus hermanos, el brindis de fin de año con los amigos que conocen todas tus miserias e igual te aman.

Finalmente una se da cuenta de que la patria son tus sentimientos, quienes amas y te aman y el resto (la bandera, el escudo, el himno, la nacionalidad) es irrelevante. Al fin de cuentas, digo, el lugar que habitas en el que está tu corazón.

Siete

Me levanto, desayuno, me baño, me peino, hago todo igual que en todos lados, pero abro la puerta y es Madrid.

Ocho

“Si todos somos extranjeros, entonces ninguno es extranjero”. Julia Kristeva

Nueve

El regreso es imposible. Estoy en casa, yo, como un caracol, soy mi casa y lo único que tengo en la vida es el camino y una maleta que nunca deshago del todo. Las gentes de raza insatisfecha como yo siempre sentiremos que estamos en el lugar equivocado. Mi derecho inalienable es moverme (como el tiburón que si no lo hace muere) hasta sentir que estoy en el lugar correcto y aunque nunca llegue ese día sé que es la búsqueda lo que –textualmente– me mueve.

Diez

Me llamo María Fernanda y soy migrante. Vivo en un lugar muy lejano al lugar en el que nací, ellos y nosotros, ellos y yo. Soy la otredad hecha carne. Si ellos me conocieran verían que yo no soy ellos, que soy nosotros, que el conocimiento es la única manera de asimilar, de adoptar, de entender, de amar. Pero soy migrante y no me quieren conocer.

Once

Las ciudades me despiertan un amor degenerado, la mirada avariciosa del que quiere poseer, la ansiedad del alumno obsesivo que quiere saberlo todo en el menor tiempo posible. Pero el forastero siempre es un voyeur, un invasor y un analfabeto. Saber leer la ciudad, poder escribir el mapa mental en la cabeza es más difícil que el abc.

Madrid es un reto para el analfabeto-visitante, al mejor estilo de la letra con sangre entra, las lecciones suelen ser hostiles, duras, antipáticas... Madrid es una

profesora malencarada presta a darte de reglazos al menor titubeo, a cualquier asomo de vulnerabilidad. Pero eso sí, cuando te sabes las reglas y puedes conjugar los verbos necesarios para leer y escribir Madrid la luz se vuelve magia, la cibeles se vira a tu paso para guiñarte un ojo, las flores aparecen solo para ti. Cuando la aprendes cualquier ciudad puede ser tu ciudad, eso, incluso Madrid.

Doce

Vivo con jet lag, a veces me despierto y no sé dónde estoy, a veces miro a mi alrededor con la confusión de que estoy en Guayaquil y que mi madre está a cinco pasos y no a millones de brazadas. Mi madre es mi tierra, mi pacha mama, la única tierra sin la que no puedo vivir a plenitud.

Ella cumple el próximo jueves 29 años de ser mi madre y no estaré allí para abrazarla.

El cumpleaños en el exilio: La comida favorita que comerán otros en tu honor, las del pecho apretadísimo al cerrar el teléfono, la bendición que cruza el Atlántico y los ojos distintos de los que por primera vez te ven soplar las velas. Que tus deseos se cumplan mamita en tu 29 de ser mi mamita. El cumpleaños en el exilio: cuánto te extraño.

Trece

Soy una inmigrante no comunitaria y tampoco vengo de Estados Unidos. Eso quiere decir que no pertenezco a los países amigos, ni tampoco a los enemigos, simplemente pertenezco a un país de esos que exportan músculos, sudor y manos para limpiar, soy de esos extranjeros que se las ven duras para conseguir permisos de trabajo o para poder entrar al país. Soy de los que hacen trampa, de los que arriesgan la vida, de los que no pueden volver y si no tengo músculos, si no sé hacer cosas que impliquen sudar, si mis manos también sirven para escribir, para fotografiar, para diseñar, para curar, para hacer operaciones matemáticas, ¿qué hago?

Catorce

Nidia Zaporita, Marcelino Fernández, Karina Caza, Carmen Parrales, Segundo Molina, Luisa Pulloquina, Mayra Avellán, Luis Chimborazo, Humberto Mayulema, Lupe Cando, María de los Ángeles Paucar, Carlos Gualoto, Olga Tiva, José Jumbo, María Paz, Ezday Aray, José Luna, Inocente Isellán, Jesús Guerrón, Marco Tulio Tenorio, Henry Cueva, Jenny Aconda, Karen Pazmiño, Israel Piedrahita, Játiva Puente, Blanca Guerrero, Jorge Lema, Dolores Puchi, Richard Salado, Edwin Samaniego, María Fernanda Ampuero... Aquí estamos y para que lo sepan no somos un número.

Quince

El racismo que se critica ferozmente es el de Mi lucha, el del KKK, el del apartheid... Uno queda muy bien si en una conversación comenta indignado las masacres, el Holocausto, la esclavitud. Pero el otro racismo, el de todos los días, el de "los sudacas son vagos, lentos, tontos, serviles, ladrones, sucios, ignorantes, salvajes, lascivos...", el racismo doméstico de la señora y la asistenta, del empleador y el obrero, del conductor y el peatón, del guardia y el paseante no se ve tan mal, no se critica.

Asco Hitler que quería exterminar, yo solo creo que los migrantes se deberían quedar por allá en sus casitas en los árboles, con sus niños barrigudos y negritos, con sus comidas extrañas, con sus piojos y sus bailes decadentes, yo solo creo que este país se va a ir a la ruina si permite que esta gente siga entrando... ¡Zapatero haga algo ya!

Dieciséis

A veces pienso que lo que se ha formado con la emigración ecuatoriana es un tercer país a medio camino entre Ecuador y España: el tercer país que es el resultado del sincretismo, de la mezcla, del acento modificado, de la hibridez. La colonia vuelve al colono y se da una vuelta más al encuentro de culturas. Finalmente acabaremos olvidando quién puso qué en la fanesca.

Diecisiete

Mis compatriotas, los españoles, tienen esa cara india, chola, negra, montubia, mulata que conozco tanto como a la mía por haberla visto tanto. Mis compatriotas españoles, aún muy jovencitos para preocuparse pensar en origen, pronuncian la z y la c, se visten de Zara y no saben que en Ecuador hay un lugar en el que puedes pararte a la vez en los dos hemisferios. Mis compatriotas españoles cuyos padres vinieron de Loja o de Santo Domingo de los Colorados o de Portoviejo, salen a farrear con dominicanos, marroquíes, cubanos, colombianos, polacos, españoles a discotecas latinas cuyo DJ es de senegal. Ellos no lo saben, pero al verlos tan distintos, tan iguales, tan muertos de la risa en la Plaza de Lavapiés una creería que el futuro será un lugar bueno.

Dieciocho

Hay días malos en la diáspora y son malísimos, como si mil demonios se hubieran complotado en tu contra, como "del odio de Dios". Esos días pienso si en verdad vale la pena. Esta pena, grande como una iglesia, esta pena de saber que todo lo que llena tu vida está lejos.

Marielisa es la hija de mi hermano, mi sobrina. Aprendió a hablar y yo no estaba, el sonido de su voz, de su primera voz, no lo conocí sino por teléfono. Me llama tía porque mi hermano le dice quién soy, pero en realidad no me conoce. ¿Llegará a quererme tanto como a su otra tía que vive a cinco minutos de su casa?

¿Vale la pena estar acá cuando es el día de la madre, el matrimonio de mi mejor amiga, el clásico del astillero, Navidad, Año Nuevo?... ¿Vale la pena estar acá los días en los que alguien te humilló, en los que recibiste un trato injusto, en los que te mueres de miedo o de dolor o de ganas de volver a acurrucarte en los brazos de tu madre para que te diga que todo va a estar bien? ¿Vale maldita sea la pena de todos los que sienten pena de estar lejos de ellos, todos los queridos? No valen la pena los euros, no, esos no valen ninguna pena y tampoco por mucho que compren compran el tiempo perdido: los días de la madre, el

matrimonio de la mejor amiga, los domingos, el día en que Marielisa dijo por primera vez “mamá” y yo no estaba para festejarlo.

Diecinueve

Criar, acompañar, cuidar, alimentar, mimar, enseñar. Todos verbos de amor, todos relacionados con la madre. No hay en una sociedad labor más importante que esa. Eso es lo que hacen las ecuatorianas en España... Cientos de mujeres que dejaron a sus hijos y a sus padres allá, acá crían a los niños y cuidan a los abuelos.

Todo el amor de la caricia que no puede cruzar el Atlántico se queda aquí, porque por Western Union aunque se quiera no se puede mandar amor. El pasado y el futuro de España en las manos trabajadoras de las mujeres ecuatorianas... Si hay algo más admirable en este mundo que esa labor yo no lo conozco.

Y sin embargo... Sí, explotación, mala paga, trabajo en negro, cuasi esclavitud, menosprecio, sí, todo eso.

Veinte

Me llamo María Fernanda y soy migrante. Mi casa soy yo y todos los habitantes del mundo mis vecinos.

XDOC.MX